

Los alcances del liberalismo



El siglo XIX estuvo marcado por varios procesos históricos que en su conjunto dieron forma a la época. En política, la corriente liberal se hizo más sólida, y durante la primera mitad del siglo, se extendió al ámbito económico. Esta liberalización de la economía vino de la mano de una nueva revolución tecnológica, pues los inventos realizados el siglo anterior se masificaron y perfeccionaron, hasta el punto de cambiar la forma de vida de toda la población.

La sensación de progreso y desarrollo fortaleció el orgullo nacional de los países europeos y la clase burguesa, que vio surgir en ella grandes fortunas, se vio favorecida como nunca antes en la historia.

Pero el progreso material también tuvo su cara negativa, y es que junto a la maquinización [máquinas reemplazan al hombre en el trabajo] de la sociedad, tomaron forma los problemas sociales de la inmensa masa de trabajadores urbanos que parecían pertenecer a un mundo y una época distinta.

El siguiente texto explica los alcances del Liberalismo:

“Pero no es en el político el único campo que se desarrolla el fenómeno liberal, como movimiento tendente [inclinado] a consagrar [fortalecer] la libertad del individuo en sus movimientos e iniciativas, previa [antes] destrucción de las normas y trabas que durante el Antiguo Régimen [Monarquía] lo habían limitado. El liberalismo político y el liberalismo

económico van tan estrechamente entrelazados, que cualquier intento por separarlos -o estudiarlos por separado- predispone [inclina] a la incompreensión de su propia naturaleza. (...)

El liberalismo económico tiene un componente social, desde el momento en que la igualdad de los ciudadanos ante la ley se traduce también en la igualdad de derechos para poseer, vender, comprar, transportar, producir o prestar, sin distinción de fueros [privilegios], normativas o corporaciones [agrupaciones]. Todos los ciudadanos sin distinción tienen el mismo derecho -y hasta casi, como hemos visto, la “obligación”- de enriquecerse; como por desgracia no se enriquece todo el que quiere, este principio, en teoría igualitario, acabará siendo la fuente principal de las desigualdades sociales en el Nuevo Régimen (...)

El liberalismo económico acabó produciendo los más espectaculares frutos. (...) Bastó un leve quiebre y la conciencia de una plena libertad económica, para que la alegría de empresa se manifestase en toda Europa occidental. A veces fue una alegría excesiva, muy emparentada con la ensoñación [visión] romántica, que creía ver en los caminos de hierro, en las minas de estaño o en las cadenas de “bazares” promesas de prosperidades sin fin. A veces, tan extraordinarias perspectivas no se cumplían del todo (...). Pero, entre tanto, nuevas cosas han surgido, y la economía de Occidente, sobre todo desde 1855, conoce épocas de expansión sin precedentes. (...)

La aventura del negocio romántico, mezcla de tenacidad, audacia, suerte y, a veces también falta de escrúpulos [respetos], puso las bases del gran capitalismo contemporáneo y, con él, de la tecnificación del mundo y de los espectaculares avances materiales cuyos últimos resultados han llegado hasta nuestros días. La ciencia, la tecnología, la investigación, la iniciativa, la empresa, la tenacidad, el capital, el crédito, el trabajo y la confianza ilimitada en el futuro hicieron posible la transformación del planeta y de las formas de vida y desenvolvimiento del hombre sobre él”.



Fuente: Redondo, Gonzalo; Comellas, José Luis (1989): *Historia Universal, Tomo XI: De las Revoluciones al Liberalismo*. Pamplona: Ediciones Universidad de Navarra. pp. 35 - 36